

Mujeres de la Resurrección

La dulce fragancia del nardo dejó sin sitio al perfume, excesivamente fuerte, del incienso. Sobre el Gólgota, el lugar llamado Calavera, altura de rocas, en un tiempo fuera de las murallas de Jerusalén, es exagerado. Velas grandes y pequeñas, innumerables lámparas de aceite que cuelgan del techo, láminas de oro, cantos incomprensibles. A lo largo de los siglos, la humanidad ha sobrecargado de cosas el lugar más dramático de la historia. Casi parece que se quisiera llenar de objetos aquel encuentro con el dolor, para atenuar su gravedad. El contacto directo parece impedido con la materia que vio la sangre del Creador. Sólo quedó un minúsculo sitio, dentro del cual se puede pasar la mano y tocar la roca en la cual fue hincada la cruz de Cristo.

El Evangelio de san Juan, testigo directo de aquel terrible viernes de hace más de dos mil años, está reducido a lo esencial, poquísimas palabras, casi dos pinceladas, para narrar el paso de las horas sobre el Gólgota. Recuerda a algunas mujeres: la Madre, la hermana, María de Cleofás y María de Magdala, que subieron por el sendero del suplicio de Cristo, para acompañarlo en los últimos instantes hacia la muerte. El texto deja abierta la interpretación del número de mujeres: podrían ser cuatro, o tres, o bien solamente dos: la Madre y Magdalena.

Jesús, después de haber sido condenado, fue cargado con el madero horizontal y se encaminó hacia la Calavera. Allí lo clavaron en la cruz en medio de dos malhechores. Sobre su cabeza colocaron la inscripción con el motivo de la condena: “*Jesús Nazareno Rey de los judíos*”. Los soldados se repartieron sus vestidos; la túnica estaba toda tejida en una pieza y por eso la echaron a suertes. Testigos: el discípulo y las mujeres.

María Magdalena, fiel hasta el final, sigue todavía al Maestro, esta vez no por los senderos de Galilea, no está con Él a la mesa, no lleva el aceite perfumado. Ha asistido a la condena y ha sido traspasada también ella por los gritos del pueblo: “*¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!*”, ha oído los insultos, ha visto los esputos. No ha podido hacer nada para defenderlo. Pero no lo ha dejado solo. No ha huido, no se ha ocultado. Se quedó con María, la madre, y junto con las otras mujeres que ya estaban con el Maestro en Galilea. Ellas viven desde el primer momento aquella unión por la que Jesús había orado la noche anterior: “*Yo ya no estoy en el mundo, en cambio ellos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre, los que me has dado, para que sean una sola cosa, como nosotros. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que estén también ellos en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo conozca que Tú me has enviado y que los has amado como me has amado a mí*” (Jn 17, 11.21.23).

Las mujeres son las primeras que ponen en práctica la palabra oída. Permanecen unidas, incluso en el drama. María Magdalena ve a Jesús que se encamina hacia la subida, cubierto de heridas. Camina también ella, lo sigue, con una fidelidad que supera toda lógica humana. Tal vez se inclina para limpiar la sangre caída al suelo. Llega con Él al Gólgota, después de haber recorrido todo el sendero del dolor. Y allí se detiene, *está*. En ese “*estar*” en el sufrimiento consiste el gran misterio de la respuesta de amor de María Magdalena a Cristo.

Benedicto XVI, en su libro Jesús de Nazaret, se detiene al pie de la Cruz: “La tradición ha encontrado otra imagen de aflicción sanadora: María, que está bajo la cruz junto con su hermana, la mujer de Cleofás, María de Magdala y Juan. En un mundo lleno de crueldad y cinismo o de connivencia dictada por el miedo, nos encontramos de nuevo frente a la pequeña cuadrilla de personas que permanecen fieles; no pueden evitar la desventura, pero con su *con*-padecer se sitúan en la parte del condenado, y con su *con*-amar se encuentran en la parte de Dios, que es Amor. Esta compasión hace pensar en la estupenda palabra de san Bernardo de Claraval en su comentario al Cantar de los Cantares: *Dios no puede padecer, pero puede compadecer*. Bajo la cruz de Jesús se comprende mejor la palabra: ‘*Bienaventurados los que padecen porque serán consolados*’. El que no endurece el corazón frente al dolor, a la necesidad del otro, el que no abre el alma al mal, sino que sufre bajo su poder dando así razón a la verdad, a Dios, es el que abre de par en par la ventana del mundo para que entre la luz.”

Gemidos de sufrimiento, gritos, insultos de la gente, un ruido exterior insoportable. El oído está tenso para percibir cualquier sonido que sale de la boca sangrante del Maestro, del Hijo, mientras los soldados echan a suertes su túnica. Discuten, blasfeman, como si estuvieran viviendo en otra dimensión. En el estruendo, en medio de los gritos, se dilata el estar de la Madre, con Juan y la Magdalena, hasta convertirse en un silencio del espíritu...

Y es así, en ese silencio cuando la noche se vuelve claridad: sólo puede vivir en plenitud la Resurrección quien ha sabido quedarse en la paz del Espíritu. Los discípulos de Emaús discutían por el camino, por eso fueron incapaces de reconocer al Señor resucitado. Hemos vivido el miedo de esta epidemia que nos ha asolado, hemos accedido a ese Calvario de enfermos, sanitarios, familias... No hemos sido indiferentes a este gran Viernes Santo. Pero nuestra mirada tiene un horizonte infinito: la Pascua. Pronto volveremos a nuestros turnos en la noche, experimentaremos la alegría del encuentro: pero no nos quedemos con el miedo, con el dolor o la tristeza. Luchemos por la vida, por la resurrección... En este mes de mayo, nuestra Madre buena nos señala el camino: “*María, su madre, se puede llamar con el nombre de estrella del mar. Jesús es la luz que ilumina a todo sobre que viene a este mundo, abre nuestros ojos con el don de la fe, hace a las almas luminosas con su gracia omnipotente; y María es la estrella que refleja la luz de Jesús, bella como la luna, resplandeciente como el sol, la estrella que brilla en las tempestades que agitan el mar. Ante su sonrisa los espíritus malignos tiemblan, las pasiones se calman y el alma obtiene la paz. Salve, oh Estrella del mar, nosotros exultamos al reconocerte. Intercede siempre por nosotros ante el trono de la gracia; defiende nuestra causa, ora junto con nosotros, presenta nuestra oración a tu Hijo; ahora y en la hora de nuestra muerte, oh María, sé tú nuestra ayuda.*” Beato Cardenal Newman.